

car de su estoicismo! Figuraos ver á vuestra república cristiana en frente de Esparta ó de Roma; los piadosos cristianos se son batidos, destruidos, aniquilados ántes de haber tenido el tiempo de reconocerse. En mi sentir era muy hermoso el juramento que prestaban los soldados de Fabio; no juraron morir ó vencer, sino volver vencedores, y cumplieron su juramento. Los cristianos nunca lo habrían prestado, porque *hubieren creído tener á Dios.*

“Pero me equivoco cuando digo una *república cristiana*; estas dos palabras se escluyen mutuamente. *El cristianismo no predica mas que servidumbre y dependencia: los verdaderos cristianos se han hecho para ser esclavos.* En tiempo de los emperadores paganos, los soldados cristianos eran valientes. Todos los autores cristianos lo aseguran y yo lo creo; era un estímulo honroso contra los soldados paganos. Mas desde el momento que los emperadores se hicieron cristianos, cesó este estímulo, y cuando la cruz desterró á la águila, desapareció todo el valor romano.”¹

¿Puede decirse mas claro: Cesemos de ser cristianos; hagámonos griegos ó romanos para ser libres y valientes como ellos? Cuáles son los estudios, cuál la educacion, cuáles los autores que han conducido á Rousseau á semejante aberracion?

¹ *Discurso sobre la economía política*, lib. IV, cap. XXVI.— Para tener alguna idea del influjo que tuvo Rousseau sobre la revolucion, es preciso recordar lo que dice Mercier hablando del contrato social: “Todos los ciudadanos lo meditan y aprenden de memoria.”—*Rousseau, autor de la revolucion*, t. II, p. 99.

CAPITULO XI.

ROUSSEAU.

Ejecucion del sistema social calcado sobre el modelo de la antigüedad.—El pueblo debe arreglar sus negocios por sí mismo.—Nada de representantes.—Esta teoría es juzgada impracticable por los mismos revolucionarios.—Palabras de Vergniaud y de Robert.—Desprecio del orden social cristiano y de la monarquía.—Admision de todos los ciudadanos á todos los empleos civiles.—Obligacion para todos de ser soldados como en las antiguas repúblicas.—Fin de las sociedades regeneradas por el modelo de Esparta y de Roma.—Conclusion.

Escluir al cristianismo de la sociedad, deribar por consiguiente el órden social que le debe la existencia, hacer revivir las instituciones políticas de las repúblicas antiguas: he aquí en tres palabras el sistema gubernamental de Rousseau y el principio regenerador de las naciones modernas. Todas las ruedas de esta maravillosa máquina están trabajadas y dispuestas por su órden respectivo, no falta mas que darles movimiento. La

antigüedad obscura que dió á Rousseau la idea de la obra, le proporcionó tambien los medios de la ejecucion.

El pueblo es soberano; pero como ejercerá su soberanía. "Fija la vista en Esparta, Atenas y Roma, contesta Rousseau. Por sí mismo. No siendo las leyes, dice, mas que actos auténticos de la voluntad general, el soberano no puede obrar sino cuando el pueblo (el soberano) se halla reunido. ¡El pueblo reunido! se presentará. ¡Qué quimera! Es una quimera hoy, mas no lo era hace dos mil años. ¡Ha cambiado la naturaleza de los hombres?

"Los límites de lo posible en las cosas morales, son ménos estrechos de lo que creemos: nuestras debilidades, nuestros vicios, nuestras preocupaciones es lo que los reduce. Las almas bajas no creen en los hombres grandes: los esclavos viles contestan con una sonrisa burlona á la palabra de libertad.

"Por lo que se ha hecho, consideramos lo que puede hacerse. No hablaré de las antiguas repúblicas de la Grecia, pero la república romana, era sino me equivoco, un estado grande, y la ciudad de Roma una ciudad grande. Y á pesar de esto trascurrían pocas semanas sin que el pueblo romano se reuniese, y aun muchas veces. No solamente ejercia los derechos de soberanía, sino una parte del gobierno, y todo ese pueblo desempeñaba casi con la misma frecuencia en la plaza pública el papel de magistrado que de ciudadano. . . . De lo existente á lo posible me parece buena la consecuencia."¹

¡Escelente! Se apresuró á contestar el pueblo soberano, el pueblo de los colegios formado como Rousseau en la escuela de los griegos y de los romanos. Su primera fantasia fué reunirse en comision en asambleas primarias en asambleas electorales. No tardó mucho la esperiencia en probar que el sistema de Rousseau era impracticable,

1 Contrato social, libro III, cap. XI.

puesto que era imposible aplicar á una nacion de veinticinco millones de hombres una organizacion hecha para algunas repúblicas pequeñas como Atenas ó Esparta, y aun para Roma, donde lo que se llamaba propiamente el pueblo era un corto número, y poseia esclavos encargados de los cuidados y de los intereses domésticos, al paso que los ciudadanos desempeñaban en la plaza pública el papel de electores ó de magistrados.

Los admiradores mas entusiastas de Rousseau y de la antigüedad no calificaron muy bien esta utopia admirable tan solo en el colegio: "¡Creéis, decía Vergniaud en la tribuna de la Convencion, que estas máximas aplicadas solamente por sus autores á estados circunscritos, como las repúblicas de la Grecia, en límites estrechos, deban serlo rigurosamente y sin modificacion alguna á la república francesa? En este caso sed consecuentes como Licurgo: repartid como él las tierras entre todos los ciudadanos... Que los hombres á quienes hayais concedido el título de ciudadanos no vuelvan á pagar impuestos. Que otros hombres á quienes negasteis este título sean los tributarios y provean á vuestros gastos. Proporcionad extranjeros que hagan vuestro comercio, ilotas que cultiven vuestras tierras, y haced depender vuestra subsistencia de vuestros esclavos."¹

He aquí por lo que toca á la Francia en general. Por su parte el convencional Robert hablando en nombre de Paris, cuyo diputado era, se espresaba en estos términos: "Los romanos tenían sus esclavos; los lacedemonios sus ilotas. Era una verdadera aristocracia la cualidad de ciudadanos de Roma y de Esparta; hoy todo ha cambiado, el gran libro de la igualdad está abierto, no quedan ya mas esclavos que los esclavos del vicio y del crimen. Si á semejanza de Roma no hubiese en Francia sino algunos millares de ciudadanos, yo os diria: disponed fre-

1 Monitor del 11 de Mayo de 1793.

cuentes reuniones de los cuerpos aristocráticos, de los ciudadanos exclusivos y alcanzaréis vuestro objeto.

“Ignoro lo que significan las *eternas declamaciones* de algunos oradores que en un territorio de veintisiete mil leguas cuadradas, en un estado de veintiseis millones de habitantes, llaman sin cesar á esta multitud inmensa de ciudadanos al ejercicio casi cotidiano de sus derechos.

“Ah! no cabe duda que era muy fácil convocar eternamente al pueblo en las repúblicas antiguas. Si fuésemos ciudadanos romanos, siuviésemos esclavos, si toda la propiedad de la república perteneciese á una sola clase de hombres; si existiese otra clase que desempeñase todos los trabajos domésticos, los trabajos del comercio, de la agricultura, yo diría también que es preciso consultar al pueblo para todas las operaciones de los representantes, propondría el establecimiento de fosos en todas las ciudades, aldeas y hasta en el mas pequeño lugarejo. ¡Pero acaso es esta nuestra verdadera situación política? Y cuando se proponen estas reuniones del pueblo demasiado frecuentes, no es lo mismo que si se propusiese el abandono del comercio y de la agricultura, y por consiguiente la ruina del estado?”¹

Rousseau que no ve mas que á Esparta, y que bosqueja su plan de sociedad desde su gabinete, sostiene intrépidamente su sistema. En cuanto al principio y la ejecución, lo quiere en toda su perfección clásica. Ya no hay industria, ya no hay comercio que sean incompatibles con las funciones de ciudadano. El pueblo ejercerá su poder por sí mismo, no por medio de mandatarios; á este precio se ha de comprar la salvación de la república. Si es verdaderamente digno de la libertad, el ciudadano no vacilará en desatender sus intereses personales para preocuparse de la cosa pública.

1 Id. del 27 de Abril de 1793.

“Tan luego, dice, como el servicio público deja de ser el asunto principal de los ciudadanos, y que prefieren servir con la bolsa á servir con su persona, el estado se halla próximo á su ruina. ¿Hay necesidad de salir á combatir? Pagan tropas y permanecen en su casa. ¿Hay necesidad de asistir al consejo? Nombran diputados y permanecen en casa. A fuerza de pereza y de dinero, consiguen tener soldados para esclavizar á su patria y representantes para venderla.

“El tráfico del comercio y de las artes, el ávido interés de la ganancia, la molice y el amor á las comodidades son las que cambian los servicios públicos por dinero. Se cede una parte de la utilidad para aumentarla con toda comodidad. Aprontad el dinero y en breve tendréis cadenas. Esta palabra *hacienda*, es una palabra de esclavitud: es desconocida en la ciudad. En un estado verdaderamente libre, los ciudadanos lo hacen con sus brazos y nada con su dinero. Léjos de pagar por la ejecución de sus deberes, pagarían por desempeñarlos ellos mismos.

“La idea de los representantes es moderna; nos viene del *gobierno feudal, de este gobierno inicuo y absurdo, bajo el que la especie humana se degrada, y la denominación de hombre es una deshonra.*”¹

Tal es la definición halagueña que los discípulos del renacimiento nunca dejan de dar del sistema gubernamental de los pueblos cristianos de la edad media. ¡Con qué soberbio desden lo comparan con el estado social de la antigüedad! Cómo se obstinan en arrancar el mundo de manos del primero para traerlo de nuevo al segundo! “En las *antiguas repúblicas*, esclama Rousseau, jamás tuvo el pueblo representantes; no se conocía esta voz siquiera.”²

1 *Contrato social*. lib. III, cap. XV.

2 Id. id.

No solamente eran admisibles los ciudadanos á todos los empleos que ocupaban por si mismos, sino que tenian ademas la honra y el deber de ser soldados. Por tanto, el discípulo de Plutarco que quiere á todo trance regenerar á la Europa, haciéndola griega y romana, agrega: "Todo ciudadano debe ser soldado por deber, ninguno debe serlo por oficio. *Tal fué el sistema militar de los romanos, tal debe ser tambien el de todo estado libre.*"¹

La Europa tendrá su conscripción.

De todo esto resultará infaliblemente el amor de la patria; él es el que despertando el espíritu republicano de Atenas y de Roma, salvará al mundo degradado por el cristianismo y la monarquía. "*Es muy cierto, dice gravemente Rousseau, que los mayores prodigios de virtudes*" han sido producidos por el amor de la patria. Este es el que engendró tantas acciones imperecederas, cuyo brillo deslumbra nuestra vista débil, y tantos hombres insignes cuyas antiguas virtudes pasan por fábulas, desde que el amor de la patria se ha vuelto objeto de irrisión.

"Atrevámonos á oponer al mismo Sócrates á Catón: el primero era mas filósofo, el segundo mas ciudadano. La virtud de Sócrates era la del mas sabio de los hombres: pero colocado entre César y Pompeyo, Catón pareció un semidios entre los mortales. Un digno discípulo de Sócrates sería el mas virtuoso de sus contemporáneos; un digno émulo de Catón sería el mas grande de ellos. La virtud del primero hacia su felicidad; el segundo buscaría su dicha en la de todos. *¿Queremos que sean virtuosos los pueblos? ¿Empezemos por hacerles amar la patria!*"²

1 Gobierno de Polonia, cap. XII.

2 Y los apóstoles, los mártires, los misioneros, las hermanas de la caridad, y los santos de todas las edades?

3 Discurso sobre la economía política, pág. 31, edicion en 8º

¿Cuál será el fin de las sociedades modernas regeneradas de esta suerte. El mismo que el de las sociedades antiguas: la prosperidad material. ¿Por qué señal se podrá reconocer esta prosperidad que el cristianismo no ha sabido proporcionar al mundo? Discípulo fiel de Platon, contesta Rousseau: Por la multiplicacion de la especie. El gobierno que la fomenta mas, es el mejor, el que la obtenga el mas feliz. Sobre este particular, la China es el país mas perfecto y mas feliz del globo! "¿Cuál es, pregunta Rousseau, el objeto de la asociacion política? La conservacion y la prosperidad de sus miembros. ¿Y cuál es el indicio mas seguro de su conservacion y prosperidad? Su número y poblacion. *El gobierno bajo el cual pueblan y multiplican mas los ciudadanos, es infaliblemente el mejor.* La Grecia florecia en otro tiempo en medio de las guerras mas crueles. Se derramaba allí la sangre á torrentes y á pesar de esto, el país estaba cubierto de poblacion. Una poca de agitacion, dice Maquiavelo, da energia á las almas, y lo que hace verdaderamente prosperar la especie, no es tanto la paz como la libertad."¹

La conclusion directa de este trozo es: que es preciso desterrar el celibato. La conclusion indirecta y mas estensa es: que es preciso escluir el catolicismo, puesto que consagra el celibato y constituye á las sociedades sobre bases desconocidas de los legisladores antiguos; en fin, que el verdadero medio de regeneracion para los pueblos modernos es volverse republicanos á ejemplo de los romanos y delos griegos.

Considerada pues en su conjunto, la doctrina política de Rousseau puede formularse en los siguiente artículos:

Para nada figura Dios en la fundacion de las sociedades, es un hecho puramente humano; el estado de naturaleza es el estado primitivo del hombre, experimen-

1 Contrato social, lib. III, cap. 9.

tando la necesidad de reunirse y aislados en los bosques, los hombres hicieron entre sí un contrato social, este contrato es la base de todos los derechos y de todos los deberes. Las sociedades llegaron al apogeo de su gloria en la antigüedad clásica en Esparta, Atenas y Roma; el cristianismo y la monarquía los han hecho degenerar. La vuelta del paganismo en el siglo quince comenzó á sacarlos de la barbarie en que el cristianismo y la monarquía los había sumergido: para acabar de curarlos dicho regreso continua este movimiento saludable y hace revivir en Europa la antigüedad clásica su espíritu, sus usos, sus instituciones sociales, únicas capaces de volver á producir hombres insignes y grandes virtudes.

Como se ven dos cosas, y solo dos cosas se encuentran en el fondo de este sistema, la ignorancia y el odio al cristianismo en sus relaciones con la sociedad, la admiracion fanática de las instituciones sociales del paganismo. Al predicar el naturalismo mas absoluto, el *Emilio* repite la misma doctrina bajo otra forma distinta. Otro tanto sucede con las demas obras de Rousseau.

Lo mismo que á Voltaire, puede definirse á Rousseau, diciendo que es *una alma vacia de cristianismo y embriagada de paganismo*.

Siguiendo el ejemplo de Ciceron, de Licurgo, de Plutarco y demas hombres grandes de la antigüedad, sus maestros y modelos, vivió Rousseau como libre pensador. De aquí provienen sus racionios en pró y en contra del desafio, la apología y la condenacion del suicidio, la facilidad en disimular el adulterio y las razones propias para hacer sentir su horror, la negacion y afirmacion de la existencia de Dios. Pasando con igual facilidad del protestantismo al catolicismo, y del catolicismo al protestantismo, ataca y defiende alternativamente al cristianismo, al paso que quiere una religion para el pueblo. En cuanto á él, su culto, es el culto

antiguo, el culto del orgullo y de los sentidos. Su vida es un escándalo público de que se vanagloria en sus *Confesiones*, y su muerte, la de un héroe, de Plutarco.

Esta se verificó como cinco semanas despues de la de Voltaire 3 de Julio de 1778 en Ermenonville, en la quinta del Sr. marqués de Girardin.

CAPITULO XII.

MONTESQUIEU.

Es el precursor de Rousseau.—Se formó en la misma escuela. —Ataca al cristianismo.—*Cartas perianas*.—Templo de Gnido.—Ensalza á la antigüedad clásica.—*Grandeza y decadencia de los romanos*.—*Espíritu de las leyes* inspirado sobre todo por y *Tácito Plutarco*.—Muerte de Montesquieu.—Análisis del *espíritu de las leyes*.—Denigracion de la monarquía.—Continuo elogio del gobierno republicano de Esparta, de Aténas y de Roma.

“Lo que Montesquieu habia hecho leer á los amos, Rousseau lo hizo leer á los criados.” En estas palabras que se han hecho famosas, se encuentra el lazo de afinidad que unió á los publicistas del siglo pasado. Nacidos de la misma familia, el mismo espíritu los inspira. Pero mas tímido, ó como diríamos hoy, mas adelantado que Rousseau, Montesquieu encubre generalmente sus pensamientos, sea que ataque al cristianismo, ó ensalce á la

antigüedad. Puede suceder tambien que no previese las consecuencias lejanas, ni las últimas aplicaciones de sus principios. Sea de esto lo que fuere, lo que él dijo en medias palabras, Rousseau lo expresó con toda franqueza.

Hijos ambos del renacimiento, juzgan á la sociedad conforme á la enseñanza que les diera su padre. Para Montesquieu lo mismo que para Rousseau, el tipo de las instituciones sociales se encuentra en la antigüedad clásica, y el mejor gobierno es el gobierno republicano de Esparta, de Aténas y de Roma.

¡Pero cómo es que Carlos de Secondat, baron de Breda y de Montesquieu, hijo de una familia noble, nutrido con la leche cristiana, educado en una monarquía donde ocupa un puesto eminente, es admirador constante de las repúblicas de la antigüedad pagana, á pesar de tantos motivos para no serlo? Todo efecto tiene su causa. Pero en Montesquieu la causa de la anomalía que indicamos no sobrevino con la esperiencia de los años, data de su juventud. Habiendo nacido Montesquieu en el castillo de Breda, en 1689, hace su estreno en el mundo literario con sus *Cartas Persianas* publicadas en 1721.

Esta obra inspirada por el espíritu del renacimiento, es un ataque continuo, si bien mas ó ménos embozado contra el cristianismo. El héroe de la novela, Usb-k, es ún libre pensador bajo el doble punto de vista de la moral y de la fé. No obstante las reclamaciones del cardenal de Fleury, las *Cartas persanas* abrieron á Montesquieu las puertas de la Academia. El carácter anticristiano de esta produccion dió lugar á los elogios especiales D'Alembert. Vamos á citar las palabras de este académico *que lo entendia*, añadiendo que para coger todo el sentido, es preciso darles doble fuerza de las que tienen leyéndolas.

“Montesquieu, dice su panegirista, se espresa *algunas*

veces con bastante libertad, no sobre el fondo del cristianismo, sino sobre materias que muchísimas personas afectan confundir con el cristianismo verdadero; sobre el espíritu de persecucion de que tantos cristianos han estado animados; sobre las *usurpaciones temporales* del poder de la iglesia; sobre la *multiplicacion excesiva* de los monasterios que roba ciudadanos al estado, sin dar á Dios adoradores; sobre *algunas opiniones* que se piensan erigir en dogmas; sobre nuestras *disputas de religion*, siempre violentas y á menudo funestas.”¹

Lo que hay en el fondo de estas frases, dispuestas con hábil indecision, es que Montesquieu como todos los hijos del Renacimiento adora el libre pensamiento en materia de religion; admira el depotismo cesaréo y pide que se transija con el error.

El primer ídolo del paganismo era el orgullo, el segundo la carne. Del altar de aquel pasa Montesquieu al altar de este. El *Templo de Gnido* es un ditirambo compuesto en honra del deleite.

En su *historia de la grandeza y de la decadencia de los romanos*, Montesquieu atrae las miradas hácia la hermosa antigüedad. Presenta el imperio romano á las naciones cristianas y monárquias como la obra maestra del hombre y el modelo de la perfeccion. “Mr. de Montesquieu continua D’Alembert, encuentra la causa de la grandeza de los romanos en *el amor de la libertad, del trabajo y de la patria* que se le inspiraba desde la niñez; en esas *disensiones intestinas* que daban movimiento á los espíritus y cesaban de repente á la vista del enemigo; . . . en la honra de la ovacion, objeto de estímulo para los generales; en la *proteccion que dispensaban á los pueblos rebelados contra sus reyes*; en la *esce-*

¹ Elogio de Montesquieu que se halla al frente de sus obras.

lente politica de dejar á los vencidos sus dioses y sus costumbres.”¹

Esto dice á las naciones modernas, de manera que no cabe equivocacion alguna en ello. “¿Queréis prosperar y engrandeceros? Dirigid la vista hácia ese magnífico imperio romano; amad la libertad, el trabajo y la patria como los amaron los romanos; tened disensiones domésticas que den movimiento á vuestros espíritus, fomentad sobre todo la rebelion de los pueblos contra los reyes.” Pero las naciones de Europa podrán contestar á Montesquieu con el rector Dumouchel en 1790: “No tenemos libertad, ni patria, ¿Cómo podremos amarlas? Carecemos de tribuna y foro para ejercitarnos en esas disensiones intestinas que fortifican las almas. Proteger á los pueblos contra los reyes sería contradecirnos; somos súbditos de una monarquía, no republicanos.”

Es fácil de adivinarse la conclusion, y si Montesquieu hubiese sobrevivido, la habria visto reducida á la revolucion. Habria visto á la Francia embriagada con el amor de la libertad y de la patria, rica en disensiones intestinas, dando la señal de la insurreccion universal de los pueblos contra los reyes, y queriendo á todo trance para regenerarse resucitar á la republica romana.

Sobre todo en el *espíritu de las leyes*, su obra principal es en la que se manifiesta Montesquieu hijo del renacimiento y de su educacion de colegio. Aquí las espresiones son ya mas claras, las aproximaciones mas numerosas, las preferencias mas marcadas, las tendencias mas descubiertas y mejor caracterizadas. “Lo que seria oscuro para los lectores vulgares, dice su panegirista, no lo es para aquellos á quienes se dirige el autor. Teniendo Mr. de Montesquieu que presentar algunas veces *verdades importantes* cuya espresion directa y absoluta hu-

¹ Id. id.

biera podido herir sin provecho alguno, ha tenido la *prudencia de enbozarlas*, y mediante este *artificio inocente* las ha encubierto á aquellos á quienes pudieron perjudicar, sin que se hayan perdido para los *sabios*.”¹

A semejanza de todos sus precursores del Renacimiento acá, en la antigüedad pagana es donde va Montesquieu á beber sus teorías políticas y sociales. Para él es como si no existiesen el Evangelio como elemento político, y la misión social de la Iglesia. “Entre las obras, añade d’Alembert, que le han proporcionado *auxilios* y á veces *miras* para el suyo, vemos que se ha aprovechado *sobre todo* de los dos historiadores que han pensado mas: *Tácito y Plutarco*.”²

D’Alembert continúa con el elogio del *Templo de Gnido* y termina refiriendo de este modo la muerte de su héroe: “Después de haber cumplido con decencia todos sus deberes, lleno de confianza en el Ser eterno con quien iba á reunirse, murió con la tranquilidad propia de un hombre de bien que jamás había consagrado sus talentos sino en provecho de la *virtud* y de la *humanidad*.”³

Atacad cuanto querrais al cristianismo en sus dogmas y en su moral, minad el orden religioso y social que él fundará; con tal que hayais ensalzado á la antigüedad clásica predicado el amor de la libertad y de la patria, sereis á los ojos de todos los hijos del Renacimiento, un hombre de bien, y podreis morir tranquilo con la esperanza de ir, según las expresiones de Virgilio, á reuniros con el Ser eterno!

No hablemos de las *cartas persianas* ni del *Templo*

1 *Elogio de Montesquieu* que se halla al frente de sus obras.

2 *Elogio de Montesquieu* al frente de sus obras.

3 *Id. id.*—Los escritores católicos nos han dejado detalles mas consoladores de los últimos momentos de Montesquieu. Reconcilió sus errores y murió reconciliado con la Iglesia.

de *Gnido*; ocupémonos solamente del *Espíritu de las leyes*, y veamos hasta qué punto es útil esta obra para la virtud y la humanidad.

En vano se buscan en esta obra las grandes ideas católicas acerca del origen y de la misión del poder. Dios no interviene de modo alguno en la formación de las sociedades. El hombre es quien los forma, lo mismo que construye una casa investido de una autoridad soberana, cria, dispone y arregla todo conforme á su interés, sus necesidades ó sus placeres.

Haciendo á un lado á Dios y al cristianismo, no queda para explicar el origen de las sociedades, mas que la fabula pagana de estado de naturaleza y del contrato social. Montesquieu la toma por punto de partida como todos los políticos del Renacimiento. Pretende que diseminados los hombres en los bosques en tan feliz estado, y no teniendo mas que su debilidad, no procuraban atacarse unos á otros, de modo que *la paz es la primera ley natural*. Es la edad de oro de Virgilio y de Ovidio. Montesquieu olvida la caída original. Hobbes por su parte ha visto al hombre naturalmente malo, lleno de pasiones, déspota, por tanto enemigo de su prójimo, y para él *la guerra es la primera ley natural*.

Esta doctrina desagrada á Montesquieu. Esclama: “El deseo que Hobbes atribuye primero á los hombres de subyugarse mutuamente no es *racional*! Pregunta que como es que no hallándose *naturalmente* los hombres en estado de guerra, están siempre armados y tienen llaves para cerrar sus casas. Pero no conocen que lo que atribuyen á los hombres *antes* del establecimiento de las sociedades, no puede acontecer sino después de este establecimiento *que es lo que les hace encontrar motivos para atacarse y defenderse*.”¹

1 *Espíritu de las leyes*. libro I cap. II.

En otra parte añade: "En el *estado de naturaleza* muy bien pueden los hombres nacer en la igualdad, mas no pueden permanecer en ella. La sociedad se las hace perder y no vuelven á ser iguales sino mediante las leyes." ¹

Esta teoría del estado de naturaleza y del contrato social que es su consecuencia, no se encuentra ni en el Génesis ni en los Padres de la Iglesia, ni en la traducción católica: es falsa, cristiana, histórica y filosóficamente hablando; pero es *verdadera* segun la mitología.

Esto bastará á Montesquieu y á todos aquellos que siguiendo su ejemplo se acostumbraron desde la niñez á no ver otra cosa mas allá del horizonte de la antigüedad clásica.

Después de haber descubierto las bases de las sociedades humanas, pasa Montesquieu á las formas que ellas han adoptado. Compara á los diversos gobiernos entre sí. Como es de suponerse, da la preferencia al gobierno republicano. "La *virtud*, dice, es el gran móvil de las repúblicas, mientras que el honor y el temor tan solo son los principales resortes de los gobiernos monárquicos y despóticos." ²

Se comprende facilmente cuán capaz es un privilegio semejante de halagar la fibra democrática. Lo que á continuación dice Montesquieu es muy propio para alargarle de un modo mas agradable: "El pueblo, dice, es *admirable* para elegir á aquellos á quienes debe con-

¹ Id. lib. VIII, cap. III.

² *Espíritu de las leyes*, lib. II cap. II.—"Ved á Montesquieu, decía Napoleon, clava mil dardos en el espíritu cristiano; rasga cuanto puede la túnica de la Iglesia; admira como platónico esas repúblicas griegas, de mas difícil aplicacion en nuestros tiempos que el gobierno de la tribu de Judá, y pretende ser monárquico; sienta en principio el honor por resorte principal de la monarquía, y alaba hasta la corrupcion del gobierno británico." *Memorias* de Mr. de Narbonne.

firse alguna parte de su autoridad. ¹ No tiene que resolverse sino sobre cosas que no puede ignorar y sobre hechos que palpan sus sentidos.

Sabe muy bien que tal militar ha salido con frecuencia á campaña, y que ha alcanzado tales ó cuales triunfos; luego es muy capaz de elegir un general. Sabe que un juez es muy empeñoso y que muchas personas se retiran de su tribunal, muy satisfechas de su conducta, que no se le acusa de corrupcion; esto basta para que nombre un pretor. Ha quedado sorprendido al ver la magnificencia ó las riquezas de un ciudadano: esto es suficiente para que pueda elegir un edil." ²

Conforme á las buenas tradiciones del Renacimiento, Montesquieu confirma su argumentacion con el ejemplo inevitable de los griegos y de los romanos. "Si se dudase, dice, de la capacidad natural que tiene el pueblo para distinguir el mérito, no habria mas que dirigir la vista sobre esa série continua de elecciones asombrosas que hicieron los atenienses y los romanos." ³ Lo mismo que Rousseau, que Malbly, que todos los teóricos de la misma escuela, se olvida Montesquieu constantemente que Roma, Atenas y Esparta apenas contenian algunos millares de electores; y lo que podia convenir á una ciudad, lo quieren aplicar á estados que cuentan millones de hombres libres! Tan solo la esperiencia podia hacer justificar autopías tan peligrosas.

No estaba hecha en el siglo diez y ocho. De lo contrario ¿cómo no habria escitado el deseo de vivir en república á aquellos que oían decir á los reguladores de la opinion pública con Montesquieu: en las repúblicas en que las riquezas están igualmente repartidas, no puede

¹ Montesquieu no vió lo que él dice: lo leyó en sus libros de escuela; pero nosotros sí hemos visto.

² *Espíritu de las leyes*, libro II, cap. II.

³ Id. id.

haber lujo? En esta igualdad se cifraba la excelencia de una república, de lo que se sigue que cuanto ménos lujo hay en una república, tanto mas perfecta es. No lo habia entre los *primeros romanos*; no lo habia tampoco entre los *lacedemonios*. Las leyes de la nueva division de las tierras pedidas con tanto empeño en algunas repúblicas, eran *saludables* por su naturaleza; no son peligrosas sino como *accion súbita*.”¹

Esta imitacion á la reorganizacion de la propiedad no dejó de producir su efecto. Montesquieu la hace todavía mas clara añadiendo: “Las riquezas particulares no han aumentado sino á causa de haber *despojados* á una parte de los ciudadanos lo *necesario* físico; *luego es preciso que se les devuelva*. Para que el estado monárquico se sostenga, *el lujo debe ir subiendo*, del labrador al artesano, á los comerciantes, á los nobles, á los magistrados, á los grandes y á los arrendadores principales de rentas, á los príncipes; sin esto todo quedaria perdido.”³

Los raciocinios republicanos de Montesquieu hacen algo mas que volver odioso al gobierno monárquico, lo colocan en un callejon sin salida. Por una parte no puede subsistir la monarquía sin estimular el lujo, en opinion del mismo Montesquieu, crea mil necesidades aparentes, remueve todas las pasiones y conduce infaliblemente el estado á su ruina por medio de la corrupcion de las costumbres. La primera conclusion que de ello se desprende es sin duda alguna la siguiente: El estado republicano donde no es necesario el lujo, es preferible al estado monárquico. La segunda conclusion que se deduce forzosamente de la Revolucion es la abolicion del realis-

1 Id. libro VIII, cap. II.

2 *Espíritu de las leyes*, lib. VII, cap. IV.

mo, el establecimiento de la república con la máxima espartana: *Los republicanos no necesitan mas que pan, pólvora y ferro*.²

1 Véase la *Década filosófica*, citada en el primer tomo de esta obra.